

Rayuela desde el Observatorio astronómico de Jaipur

Gerardo Piña-Rosales

Academia Norteamericana de la Lengua Española

Instituto Cervantes de Nueva York

30 de septiembre de 2019

Para Carlos E. Paldao

*No creas en nada simplemente porque lo hayas escuchado.
No creas en algo simplemente ha sido transmitido por muchas generaciones.
No creas en nada simplemente porque haya sido dicho y rumoreado por muchos.
No creas en nada simplemente porque está escrito en las Sagradas Escrituras.
No creas en nada simplemente porque lo afirmen maestros, mayores u hombres sabios.
Cree solamente después de cuidadosa observación y análisis,
cuando encuentres que la enseñanza concuerda con la razón
y que conduce a lo bueno y al beneficio de uno y todos.
Entonces acéptalo y vive según ello.
El dogma iniciático, *Kalama-sutra**

Hace unos meses, con motivo de una exposición de fotografías tomadas por María Kodama con imágenes de su vida con Jorge Luis Borges, y que tuvo lugar en la galería de este mismo Instituto Cervantes, conocí a Alberto Manguel, a quien (lo sabía por la prensa) acababan de nombrar director de la Biblioteca Nacional en Buenos Aires. Después de escuchar las palabras de Kodama (tan desvaídas como sus fotografías), tuve ocasión de hablar con Manguel. Lo felicité por su *Antología de la Literatura Fantástica Argentina*, que acaba yo de leer, y en la que, junto a textos de Borges, Bioy Casares y Mujica Láinez aparecía, cómo no, uno de Cortázar. Aproveché entonces para preguntarle a Manguel si él creía, como otros críticos, que en el cuento ‘El perseguidor’ –ese homenaje a Charlie Parker, ‘Bird’– ya se prefiguraba algo de lo que iba a ser *Rayuela*. “Sí y no –me contestó Manguel–; es cierto que tanto Johnny Carter como Oliveira buscan lo mismo: una existencia liberada de la cotidianidad. Pero –hizo una larga pausa, y, esbozando una sibilina sonrisa, afirmó: el experimento previo que hizo Cortázar antes de lanzarse a escribir *Rayuela* nació después de su visita al Observatorio Astronómico Samrat Yantra, en Jaipur, en la India, adonde viajó invitado por Octavio Paz. Es en su *Prosa del Observatorio* donde hay que rastrear las primeras intuiciones de Cortázar para la novela”. Yo había leído ese texto híbrido, inclasificable, de un intenso poder metafórico y alegórico, un texto

digno de Isidore Ducasse, conde de Lautréamont. En mi biblioteca guardaba yo la primera edición, la de Lumen, donde se reproducen las fotos que hizo Cortázar (36, es decir un solo carrito) en su visita al Observatorio de Jaipur.

La recepción había terminado, y la gente comenzaba a marcharse, pero nosotros, ya en el jardín, seguimos pegando la hebra un poco más. Manguel viajaba a Buenos Aires al día siguiente. “Mirá –me dijo, mientras cebaba la pipa-, yo había conocido a Cortázar en París. No es que nos uniera una gran amistad, pero cuando la editorial Ryerson Press, de Canadá, decidió publicar una edición de *Rayuela* en inglés me contactaron por si me interesaba ser el traductor. ¡Pero cómo iba yo a mejorar la traducción que hizo Gregory Rabassa!, les dije, pero me convencieron aduciendo que mi traducción estaría más cerca del inglés canadiense, con sus modismos y giros del habla popular, con los que yo, sin duda, tras mi larga estancia en Toronto estaría familiarizado. Quién sabe si lo que me decían sería verdad o no. Quizá no habían podido conseguir, por razones económicas, los derechos de Pantheon Books, y asumieron que yo les iba a salir más barato.

Desde Toronto le escribí inmediatamente a Cortázar. Aceptó encantado. Su única condición (por llamarla así) era que en esa edición canadiense de *Rayuela* apareciera, a modo de nota explicatoria, un texto que había escrito hacía tiempo tras su visita a la India y que quizá podría aclarar al lector algunos aspectos de la novela.

A los pocos días me llegaron a mi casa de Toronto las notas de Cortázar. Estaban en inglés. En un inglés excelente. No debía extrañarme, pues ¿no había traducido Cortázar la obra completa de Allan Poe? Pero ya sabés, el hombre propone y Dios dispone: en aquellos días la Ryerson Press –como tantas venerables editoriales canadienses– desaparecieron engullidas, fagocitadas, por grandes empresas extranjeras, y todo quedó, como decís los españoles, en agua de borrajas. “¿Y esas páginas nunca se publicaron?, le pregunté a Manguel, sin poder ocultar mi curiosidad. “No, que yo sepa, nunca; por ahí deben andar en mi archivo. Si tanto te interesan esas notas, te mandaré copia”. ¡Vaya que si me interesaban! ¡Un manuscrito de Cortázar, aunque estuviese en inglés, no se lo encuentra uno todos los días!

Pasaron un par de semanas, y un día me llegó un sobre de Canadá. Dentro venía una carpeta con una breve nota de Manguel y los folios a máquina que Cortázar había escrito. En otras palabras, que lo que sigue no es más que mi modesta traducción a mi español peninsular de

aquel texto perdido y encontrado de Julio Cortázar, y que, por cierto, se titulaba: “*Rayuela* desde el Observatorio Astronómico de Jaipur”.

«Cuando fui a la India, ya había yo escrito ‘Las babas del diablo’, ‘La noche boca arriba’, y ‘Axolotl’. No se me oculta que mucho de lo que escribí en aquella época lo hice bajo el influjo de la cultura de Oriente. Desde muy joven me sentí atraído por el budismo zen, y de la mano de D.T. Suzuki (que no es una motocicleta) y de Alan Watts llegué a estudiar (si se me permite ese verbo tan ampuloso) a los grandes maestros del zen como Eno, Baso, Nansen y otros. Yo sentía que a mí, hombre de pocas ideas y muchas intuiciones, aquel método o antimétodo me venía como anillo al dedo para intentar liberarme de los corsets y anteojeras del pensamiento occidental, en el que me había educado o maleducado, esclavo de la razón y siempre suspicaz ante los cantos sirénidos de los sentidos.

Pero también me habían fascinado la literatura y el pensamiento de la India. Y fue gracias a aquel gran historiador de las religiones Mircea Eliade, que leí, unos en francés y otros en inglés, los Vedas, la Bhagavad-Gitá, y los grandes poemas épicos como el Ramayana y el Mahabarata.

Pocos años después descubrí en un libro de Partha Mitter sobre arquitectura Rajput la existencia del Jantar Mantar, Observatorio astronómico de Jaipur, en el Rajastán, construido por sultán mogol Jay Singh. Ante aquellas fotos del Observatorio, donde aparecían enormes monumentos hemisferios, rampas, arcos, triángulos isósceles, cilindros y formas cúbicas, presentí que muchas de mis obsesiones, de mis dudas, de mis angustias y de mis miedos podrían resolverse allí, en aquel museo donde el tiempo parecía haberse detenido y el espacio parecía contener múltiples dimensiones. Y sin pensarlo más, escribí a amigo Octavio Paz, a la sazón embajador de México en Delhi, para preguntarle por Jaipur.

Su respuesta no se hizo esperar: “La única forma de conocer lo que ese Observatorio significa es visitándolo –me escribía el autor de *Blanco*–. ¿Por qué tú y Aurora no viajan a Delhi, y, nos vamos a Jaipur, que está a pocas horas de aquí?”. Y así fue como a los pocos días Aurora y yo hicimos las maletas y salimos para la India.

Después de un viaje de más de doce horas de vuelo (y media botella de Johnny Walker) aterrizamos en el aeropuerto de Nueva Delhi. Allí nos esperaban Octavio Paz y Marie Jo. De allí, en coche, nos dirigimos a la embajada, que era un hermoso edificio de arquitectura colonial

inglesa, rodeado de maravillosos jardines sombreados por las ramas de centenarios árboles de nim.

A primeras horas de la mañana siguiente el calor era ya agobiante. Me levanté, y salí a pasear por los jardines. De la espesura me llegaban los gorjeos de los agapornis o pájaros del amor mezclados con los chillidos de los monos, como un madrigal de Gesualdo interpretado por John Coltrane.

Al rato apareció Paz. “Julio, me dijo cariacontecido, me temo que no podré acompañarlos a Jaipur, como les había prometido. Se me ha presentado un compromiso en la embajada, y no puedo dejar de asistir. Podemos ir pasado mañana.” Le respondí que no se preocupara, que iríamos solos, y que volveríamos en un par de días. La verdad es que me sentí como un Arjuna privado de su mentor y guía, el dios Khrisna.

Como Aurora prefirió quedarse con María José, que le había prometido llevarla al Museo Nacional de Delhi (y de seguro para irse después de compras a los bazares), decidí irme solo a Jaipur. Con la cámara Contax al hombro y una pequeña bolsa de viaje, salí de Delhi en tren hacia Jaipur.

Durante el viaje, mientras contemplaba por la ventanilla un paisaje de arrozales y aldeas polvorientas, pensaba en mi próxima novela, cuyos derroteros me eran aun desconocidos. Al principio la había titulado ‘Mandala’, pero me pareció un voquible un tanto petulante; después pensé en llamarla ‘Juegos’, y por último, me decidí por *Rayuela*. ¿Por qué *Rayuela*? Porque ese juego infantil, en que los jugadores, con una piedrecita y unos cuadraditos de tiza en el piso, intentan, a la pata la coja, sin salirse de la raya, alcanzar la última casilla, la que representa el cielo, me parecía un símbolo propicio para la composición de mi novela. La única, aunque esencial, diferencia, sería que en mi novela, también un juego, armable y desarmable, el personaje principal aspiraría no solo a alcanzar el cielo sino lo que hay más allá del cielo y las estrellas: lo inefable.

Llamé a un rickshaws o bicitaxis y le pedí que me llevara al Jantar Mantar. En las calles jugaban niños desnudos, los mendigos pedían limosna apostados en las esquinas, había tenderetes de especias con sacos de clavo, cardamomo, jengibre o canela, mujeres de vistosos cholis y saris de sorprendentes colores, algún gurú con cara de mandril y vacas, vacas por todos lados.

Era ya cerca de mediodía cuando llegué al Observatorio. Había muy poca gente: un viejo en cuclillas a la sombra de uno de los monumentos, un grupo de niños, guiados, como buenos borreguitos, por la pastora, una mujer vestida a la europea y de aire marcial, y monos por todas partes. Jai Singh había sido el fundador y artífice de aquella ciudad de Jaipur (que tanto había impresionado a Mircea Eliade), y que, movido por su fascinación por la astronomía, de la que era un verdadero sabio, había mandado erigir aquellos ciclópeos instrumentos para auscultar el sol y las estrellas. Y no es que Jai Singh ignorara la existencia del telescopio, descubierto hacía cien años, sino que estaba convencido de que solo a través de esos enormes monumentos de mármol era posible observar con total precisión los movimientos febriles de los cuerpos celestes. Su objetivo era sin duda científico, pero yo presentía que Jai Singh buscaba algo más que mediciones y cronometrías: el sultán aspiraba a descifrar el sentido último de la vida y de la muerte. Con mi novela no pretendía yo tanto; bastaba con que el lector entrara en el juego que le proponía. Podía aceptarlo o rechazarlo. O podía sacarse de la chistera un juego de su invención.

Caminé un rato entre aquellas construcciones que en su tiempo habrían tenido el color del azafrán, hice unas fotos, y por último decidí ascender (recordé entonces las pirámides mayas) por una estrecha escalera de peldaños gastados por el tiempo y las pisadas de los hombres a una terraza desde la que Jay Singh observaba los astros. Desde la pequeña terraza podía divisar toda la ciudad de Jaipur, con sus suntuosos palacetes como el del viento, especie de serrallo colmenero donde Jai Singh guardaba celosamente a sus concubinas y sus eunucos. Pero un poco más lejos del casco urbano, más allá de los restos de murallas almenadas, surgían ya nuevas urbanizaciones sin carácter, y más lejos aun, hacinadas en heteróclita balumba, se veían chabolas, favelas o como se quiera llamar a esas vergüenzas urbanas.

Descendí los 36 peldaños (los había contado) del observatorio y tomé algunas fotografías más de aquellos instrumentos de medición y cálculo. No sé por qué, pero me acordé de Gaudí. Me fascinaban aquellos juegos de luz y sombra que se formaban en las superficies de los monumentos, y la sensación de lo fugaz y de lo inaprehensible del tiempo: Jai Singh me hablaba desde el pasado, mientras yo escribía en Jaipur muchos años después en un tiempo que ingenuamente llamaba presente y donde había comenzado a gestarse mi novela. Como Jai Singh, también yo buscaba develar el misterio de la vida y de la experiencia humana, enfrentarme a la infinita divisibilidad de lo finito: arriba, en la última casilla de la rayuela: las estrellas; y a la vez, las simas del yo. *Rayuela* sería una especie de Bardo Thodol, el libro de los muertos tibetano,

una guía para mí mismo y para el lector cómplice en un viaje de búsqueda, de encuentros y desencuentros; sería una exploración de la memoria a la manera junguiana, una desmitificación implacable de todo cuanto amenaza y paraliza al ser humano.

Aquella noche, en el hotel, llamé por teléfono a Aurora (en efecto se habían ido de compras) y traté de dormir. Al rato, sin poder pegar ojo, me levanté y me puse a escribir. Salió de un tirón, como en trance: lo llamaría *Prosa del Observatorio*. A medida que escribía aquellas páginas sobre angulas y sultanes, seguía pensando en *Rayuela*, una novela que fuera a su vez exploración personal y rescate de una juventud no muy lejana. El yo y el otro, los otros. Pero sabía que una novela es una construcción verbal, y la escritura era solo un medio, un medio muy limitado, con su férrea armadura gramatical y semántica, para expresar lo inexpresable; pero en el fondo tampoco me importaba mucho, porque lo que yo quería era que el lector experimentara la angustia de un narrador/autor empeñado en auscultar el otro lado de lo que comúnmente llamamos la realidad. Pero para ello no podría seguir las pautas de la novela tradicional, con su lenguaje fosilizado, putrefacto, con sus personajes demasiado humanos, con su trama, con su previsible clímax y desenlace a gusto del consumidor. No. Debía crear una nueva lengua, porque ¿de qué sirve juzgar la realidad con viejas palabras, desgastadas por el uso? Claro que la lengua es instrumento de comunicación (quizá no el mejor), y por tanto mis intentos de socavarla siempre serían limitados o en cualquier caso incomprendidos. Pero quería que la historia trascendiera el lenguaje mismo en la que está contada. Y esa historia, esas historias, con un fondo de París –el de Atget– y otro de Buenos Aires –el de Borges–, formarían un mosaico que el lector habría de recomponer, tesela a tesela. El *Ulysses* de Joyce, pero no su *Finnegan's Wake*, camino sin salida.

Por eso en *Prosa del Observatorio* hablo de las angulas y de los monumentos astronómicos de Jai Singh. Ambas historias, como las de *Rayuela*, se irían entrelazando, aleatoriamente, para perderse en un final sin final, abierto, cuestionable. Por eso, siguiendo la saga de la vida de las angulas me burlo de ese lenguaje científico que trata de describir con palabras muertas la realidad de la vida misma, de sus afanes por perpetuarse, de su trayectoria hacia la muerte, y por eso Jai Singh, como el narrador autor de la novela recién concebida, busca la unidad y la totalidad, en la inmensidad de los astros y los planetas, intentando descifrar el alfabeto sideral».

Hasta ahí las palabras de Cortázar.

Rayuela se publicó en 1963 y *Prosa del observatorio* en 1972, es decir nueve años después de la famosa novela. En otras palabras, que cuanto les he contado es pura invención mía. ¡Pero no me digan que no podría haber sucedido así! Se lo advertí al principio: *No creas en nada simplemente porque lo hayas escuchado.*

Muchas gracias.